



OFERTAS POLITICAS PARA FIN DE SIGLO

José María BENEGAS

Tenemos cierta tendencia a agrupar los acontecimientos de nuestro tiempo en décadas, y, más allá de que este mismo mecanismo sea tan artificioso como convencional, resulta curioso observar como a menudo cada década acaba por darnos lo contrario de lo que cabía esperar de ella. La de los 60, nacida bajo el signo del conformismo creado por el auge económico de la posguerra, terminó por ser un tiempo de rebelión generacional: los hijos de la prosperidad pusieron en cuestión el orden en que habían nacido, desencadenando una transformación cultural sin precedentes.

Pero los años 70, que en nuestra imaginación debían ser el tiempo en que se realizarían los sueños de la década anterior, estuvieron marcados por el contrario por la crisis económica, la oleada de regímenes autoritarios en el cono sur de América Latina y el nacimiento de una nueva guerra fría entre el Este y el Oeste. Así, a comienzos de los 80 el clima mundial era de un gran pesimismo, espe-

cialmente entre las fuerzas progresistas. Sobre la opinión pública europea pesaba el fantasma de la guerra nuclear, nacido de la retórica de confrontación de la primera presidencia de Reagan y de su dinámica de rearme. El ascenso del nuevo conservadurismo, encarnado de forma muy espectacular por Thatcher y el propio Reagan, parecía amenazar el futuro de la misma idea de socialismo democrá-

La que debía haber sido una década negra ha arrojado un saldo complejo, pero hasta ahora básicamente positivo.

tico, con su ofensiva frontal contra el estado de bienestar y la intervención del Estado en la economía, y cabía temer que la década cumpliera buena parte de las peores pesadillas que para 1984 había profetizado George Orwell.

Y una vez más se produjo la paradoja. La que debía haber sido una década negra ha arrojado un saldo, sin duda, complejo, pero hasta ahora básicamente positivo. Y lo que es más importante: se han puesto en marcha cambios hasta hace poco imprevisibles que hoy modifican radicalmente nuestra visión del posible futuro, abriendo un horizonte en el que la estructura mundial salida de la segunda guerra se podría ver radicalmente modificada en algunos de sus peores aspectos.

El más fundamental de estos cambios es, indudablemente, el reconocimiento de la inviabilidad del modelo soviético. Creo que éste es el acontecimiento de mayor importancia que se está produciendo al término del siglo XX. El sistema ha fracasado, nos dicen cualificados dirigentes de algunos partidos comunistas del Este. Debemos avanzar con rapidez hacia el pluralismo en el terreno de lo político y el mercado tiene que jugar un papel importante en nuestro sistema económico. No podemos seguir manteniendo el socialismo de la escasez y del empobrecimiento de la población. El socialismo tiene que crear riqueza y bienestar para los ciudadanos. Ello quiere decir que después de

un largo recorrido por este siglo algunos partidos comunistas se acercan con rapidez a los principios y valores que han inspirado el socialismo democrático.

La llegada de Gorbachov al poder ha supuesto un relevo generacional en Moscú: hombres comparativamente jóvenes han tomado el lugar de la gerontocracia que parecía destinada a perpetuarse en la Unión Soviética durante la interminable y oscura era de Breznev, que sobrevivió al débil liderazgo de un Andropov enfermo y que se aferró aún al poder durante el breve período de Chernenko. Eran muchas las expectativas que despertaba Gorbachov, del que se comenzó a hablar como esperanza de los partidarios de la modernización, dentro del PCUS, ya en tiempos de Andropov, pero que debió esperar su turno hasta la muerte de Chernenko. Lo menos que se puede decir es que hasta ahora Gorbachov no ha defraudado esas expectativas.

Por supuesto, por el momento Gorbachov sólo habla de *reconstrucción* del sistema soviético, pero el contenido de esa reconstrucción significa abolir de raíz las peculiaridades del propio sistema. En primer lugar las económicas: la planificación central como mecanismo regulador y la propiedad estatal como norma. En segundo lugar las políticas: la dictadura de partido único y el control estatal de la opinión. Es en este último punto donde más fuerza tiene la política de reforma: la *glasnot*, la transparencia informativa, ha ido ya suficientemente lejos como para que sea muy difícil frenar la dinámica social que ha puesto en marcha.

En efecto, los males de la sociedad soviética estaban ya ahí en los años 70: estancamiento económico, ineficiencia y despilfarro de recursos, creciente retraso tecnológico, un gasto militar que se expandía a costa del consumo y los servicios sociales. Pero el malestar no tenía voz ni

canales de expresión, y sólo los investigadores y los funcionarios de mayor nivel tenían datos para evaluar la magnitud del desastre que se estaba incubando.

Cuando los investigadores occidentales apuntaban los síntomas de descomposición del sistema eran denunciados como propagandistas del capitalismo. Por poner un solo ejemplo, en 1980 dos demógrafos (uno inglés y otro norteamericano) señalaron, a partir del análisis de datos soviéticos, que la mortalidad infantil de la Unión Soviética, tras haber llegado a ser una de las más bajas del mundo, se había disparado en los años 70 hasta niveles subdesarrollados (probablemente por los recortes del presupuesto sanitario en virtud de la prioridad del gasto militar). Su análisis fue duramente puesto en cuestión, pero sus resultados son reconocidos hoy públicamente por las autoridades de la URSS.

Una vez que los males se han hecho públicos, una vez que quienes los sufren pueden protestar y denunciarlos, se ha puesto en marcha una dinámica de un enorme interés. Cualquier involución autoritaria provocaría en la URSS la misma crisis de gobernabilidad a la que se enfrentó el gobierno de Jaruzelski en Polonia tras el golpe de 1981, y a la que hoy debe buscar salida a través de la concertación con la oposición social encarnada en Solidaridad. Ni tan siquiera el *informe secreto* de Jruschov había tenido un impacto como el que la información actual sobre la crisis económica y política ha provocado en la opinión pública soviética. Es más: se puede decir que sólo ahora, con el nuevo clima de transparencia informativa, cabe hablar de opinión pública en la URSS, y esa opinión acaba de manifestarse en las recientes elecciones de forma rotundamente contraria a cualquier conservadurismo.

La dinámica de cambio tiene exigen-

***Una innovación
autoritaria provocaría en
la URSS la misma crisis
de gobernabilidad a la
que se enfrentó Jaruzelski
en Polonia.***

cias claras. La primera de ellas es la libertad de expresión, asociación y reunión, la segunda el pluralismo político, y, como ha demostrado la experiencia húngara, las dos van estrechamente ligadas. Hay que resaltar que no se trata de un proceso fácil, por la inorganicidad de las fuerzas de oposición y la heterogeneidad de los mismos grupos reformistas que incluyen a antiguos disidentes como Sajarov y Medvedev y a militantes del PCUS tan distintos entre sí como Eltsin y Yakovlev. Son muchos los riesgos: resistencias del aparato, estallido de los nacionalismos, demagogia de los reformistas más impacientes. Pero el camino ya emprendido parece que no admite retrocesos salvo que se produzca un golpe autoritario de los sectores más inmovilistas.

El cambio significa también una drástica inversión de prioridades. La nueva dirección soviética ha retirado sus tropas de Afghanistan, a la vez que los cubanos comenzaban a retirarse de Angola y los vietnamitas de Kampuchea. La moraleja parece clara: todas las energías deben concentrarse en la reconstrucción interior, y los gastos militares en costosas aventuras exteriores de muy discutible rentabilidad política deben terminar. Y no sólo parece haberse cerrado el tiempo de las intervenciones regionales, sino también el de la confrontación entre los sistemas.

La URSS de la *perestroika* no puede seguir modernizando y ampliando *ad infi-*

La perestroika ha dado ya un fruto imprevisible hace pocos años: el nuevo clima de distensión Este/Oeste.

nitum su armamento nuclear, ni seguir pagando un enorme ejército de ocupación en la Europa del Este. La reducción de tropas y armamento convencional, el desmantelamiento de los arsenales nucleares y la creación de un clima de distensión son las nuevas prioridades de una potencia mundial que debe dedicar todos sus esfuerzos a superar el desabastecimiento, elevar la productividad y satisfacer las necesidades y demandas interiores. Incluso la carrera espacial parece entrar en una fase de congelación, lo que no es necesariamente una buena apuesta desde el punto de vista tecnológico.

Es difícil saber si la liberalización política, la introducción de mecanismos de mercado, la legalización de la empresa privada y el hincapié en la autofinanciación de las empresas públicas bastarán para evitar una grave crisis social capaz de provocar una congelación del proceso e incluso un golpe militar *in extremis* que supondría la frustración de las expectativas y una situación de ingobernabilidad a la polaca. Pero aunque sean muchos los riesgos que amenazan a la *perestroika*, lo cierto es que ésta ha dado ya un fruto imprevisible hace pocos años y que ha cambiado de forma decisiva el escenario mundial: el nuevo clima de distensión Este/Oeste.

Frente al clima prebélico que acompañó el despliegue de los *euro-misiles* (en respuesta al anterior y poco publicitado des-

pliegue de los misiles de alcance intermedio soviéticos), hoy se ha llegado a un acuerdo para el desmantelamiento de unos y otros, se están negociando drásticas reducciones de las fuerzas convencionales y está abierta la puerta para la eliminación de los misiles de corto alcance y del armamento nuclear estratégico. No sería muy realista pensar que el futuro está asegurado, pero tampoco sería racional negar que el cambio de escenario desde la primera mitad de los años 80 ha sido realmente espectacular. Quizá no está garantizada la paz para la próxima generación, como creyera ilusoriamente Chamberlain hace medio siglo, pero las esperanzas de paz son hoy grandes y fundadas, pues la política de distensión no es para la Unión Soviética una táctica temporal, sino el reconocimiento del fracaso de un modelo y de la necesidad de abandonar los sueños de expansión para concentrarse en la modernización interna. Nadie cree hoy en la dirección soviética que la URSS podría sobrevivir a una guerra mundial y ganarla, como durante años ha repetido la doctrina militar oficial. Pero, lo que es más importante, Gorbachov ha comprendido que la URSS tampoco puede sobrevivir al esfuerzo militar que supone el mantenimiento de la política de confrontación.

El fracaso del modelo soviético implica también el cese de la tutela férrea de su bloque político. Hoy la tutela soviética parece dejar de pesar sobre los esfuerzos de reforma en el Este: Hungría introduce el pluralismo político y en Polonia se llega a una concertación con la oposición y se anuncian unas elecciones de pluralismo limitado. Los regímenes más cerrados, como el de la RDA o el de Checoslovaquia, ya no cuentan con el respaldo soviético para justificar su política, y tarde o temprano deberán someterse a la prueba del relevo generacional.

Y lo que es más importante: la crisis

económica afecta a todo el Este. Disuelta la estrategia de confrontación, la URSS no necesita un costoso cinturón militar: tan sólo garantías de colaboración política. Pero eso implica que la salida de la crisis económica de estos países no la pagará la Unión Soviética: el principio de autonomía financiera vale tanto dentro como fuera. Europa del Este necesita ahora a Occidente como fuente de capitales y tecnología, como posible mercado para sus exportaciones, necesita cooperación para resolver el problema de su deuda externa, de su estancamiento económico, de su retraso tecnológico.

Esto significa un giro muy favorable para Europa occidental. Desgarrada en los primeros años 80 por la ruptura del consenso en cuestiones de defensa y seguridad, hoy ve como esos problemas pasan a segundo plano, lo que abre posibilidades de una política de seguridad más autónoma y, sobre todo, menos susceptible de crear divisiones internas, pero la apuesta por la democratización de la Europa del Este abre además grandes posibilidades de cooperación económica: desde la creación de empresas conjuntas a la inversión directa donde esto sea posible. Una mayor relación económica con el Este supondría, si la reestructuración económica consigue avanzar, la aparición de nuevos y amplios mercados para las exportaciones europeas.

Es pronto aún para saber si estas posibilidades llegarán a realizarse, y en todo caso es obvio que será preciso una política diferenciada: Rumanía no es Hungría. Pero conviene subrayar que Europa occidental tendría mucho que ganar en el avance del proceso de liberalización en el Este, porque en definitiva lo que se está produciendo es una seria vuelta a los valores occidentales, y políticamente debe apostar por su triunfo, favorecerlo económicamente y, si es preciso, correr riesgos para ello.

En América Latina también han cambiado las cosas. Aunque la guerra no haya cesado en El Salvador, las perspectivas de paz en Centroamérica son ahora mucho mayores que en los años de la primera presidencia de Reagan. México ha emprendido un difícil camino hacia la modernización económica y política, saliendo de una etapa de unipartidismo *de facto* que ha durado medio siglo. Y en el Cono Sur hoy existen democracias en Argentina, Uruguay y Brasil, y cabe esperar una próxima restauración de la democracia en Chile y Paraguay. En conjunto la perspectiva es mucho más positiva que hace una década.

Sin embargo, cualquier optimismo estaría fuera de lugar. La deuda externa y el cierre de los mercados de los países centrales han hecho que América Latina haya pagado un precio por la crisis económica mundial que no tiene paralelismo posible en Europa. El dramático estallido popular ante las nuevas medidas de ajuste en Venezuela muestra que las economías de estos países se mueven en el filo de la navaja. Deben llevar a cabo políticas de ajuste, no sólo porque se las exija el FMI, como pretenden los políticos populistas, sino para hacer viables sus economías en un mundo crecientemente integrado en el que ya no es posible crecer exclusivamente hacia dentro. Pero deben llevar a cabo políticas de ajuste *con rostro humano*, pues la mayoría de la población ya no puede apretarse más el cinturón, viviendo al

***Lo que se está
produciendo en el avance
del proceso de
liberalización en el Este
es una seria vuelta a los
valores occidentales.***

borde de la subsistencia o en la plena marginalidad.

Si los regímenes democráticos no logran salida socialmente aceptables de la crisis la tentación populista reaparecerá (ya está reapareciendo), y con ella la posibilidad de que se reabra el círculo populismo/golpismo, pasando por la previsible etapa intermedia de quiebra económica e ingobernabilidad. Un ciclo que hoy se recorrería mucho más rápidamente, dada la escasa racionalidad de las promesas populistas y la grave situación económica de muchos países.

En estas circunstancias hay que subrayar el fracaso del neoliberalismo para dar respuesta a unos problemas que en buena medida él mismo creó. La fe fanática en el mercado sin intervención estatal llevó a muchas economías a la desindustrialización con una política de choque que abrió las fronteras a la competencia internacional sin una etapa de transición para adaptar la industria nacional a las nuevas condiciones. Los créditos fáciles (privados), aceptados con irresponsable alegría por gobiernos neoliberales en lo económico y a menudo dictatoriales en lo político, se han convertido en esa enorme deuda externa (pública) que impide a la mayor parte de América Latina crecer al mismo ritmo que su población, o simplemente crecer. A estas alturas es ya evidente que la receta de *ajusten y paguen* del FMI no es una solución: el Plan Brady, viable o no,

La Europa que a comienzos de la década se considera enferma de «euroesclerosis» ha superado con éxito el desafío de la modernización.

supone el reconocimiento de que la deuda es un problema político para el que deben buscarse soluciones políticas.

Eso no significa que la deuda sea el único problema de América Latina. Por el contrario, hay que reconocer que en el fondo de la crisis hay factores estructurales, graves distorsiones del sistema económico de muchos países del área que deberán resolverse para que las economías latinoamericanas puedan volver a crecer de forma estable. Pero hacer manejable la deuda es una condición urgente y necesaria (aunque no suficiente) para salir del atolladero actual, y una condición por tanto para la consolidación de la democracia. La CE puede jugar un papel muy importante al defender ante el FMI y el banco mundial, como opción política, la reducción de la deuda, un plan de apoyo financiero a las economías latinoamericanas y una apertura mayor a las exportaciones de aquellos países.

El neoliberalismo ha agravado la situación de América Latina. ¿Qué resultados ha ofrecido en los países centrales? En Estados Unidos Reagan ha culminado su segunda presidencia con la mayor popularidad de la historia norteamericana, y también con el mayor déficit fiscal y la mayor deuda externa. El origen de esta sorprendente contradicción está en que la peculiar interpretación reaganiana del neoliberalismo ha llevado a conseguir que durante ocho años EEUU haya vivido por encima de sus posibilidades. Un crecimiento keynesiano, impulsado por el rearme, ha creado trabajo y riqueza. Pero a costa de los capitales europeos y japoneses que han permitido financiar la deuda pública en un contexto de altos tipos de interés necesarios para controlar la inflación.

Hoy las dos deudas, externa e interna, parecen haber ido demasiado lejos, y se habla claramente de la posibilidad de una

recesión, una recesión que sorprendería a muchas grandes empresas endeudadas hasta las cejas por la fiebre de las LBO (Leveraged Buy-Outs) y de las compras de empresas mediante *bonos basura*, por lo que la recesión podría suponer crisis en cadena que pondrían en peligro al propio sistema financiero. Pero la amenaza de inflación y la necesidad de limitar el consumo sin recurrir a medidas fiscales (única ortodoxia inviolable en la versión reaganiana del neoliberalismo) implica el mantenimiento de los altos tipos de interés, y por tanto una clara amenaza de recesión. Podría ser éste el poco glorioso final del milagro americano de los años 80.

Pero es más importante recordar la cara oscura de ese milagro: la segmentación de la sociedad dejando fuera de la integración social y económica (y por tanto política) a extensas capas a las que se han recortado los servicios y prestaciones sociales, apuntando a la construcción de una sociedad dual. La fragilidad económica del modelo neoliberal viene del endeudamiento y de la pérdida de competitividad provocada por la selección natural entre las empresas en un mercado desregulado y sin una estrategia global impulsada desde el Estado o coordinada por la banca y el Estado (a la manera de Japón). Pero aunque el proyecto neoliberal *fuera viable a largo plazo*, sus límites sociales deben tenerse en cuenta. Quien esté a favor de una sociedad dual, polarizada, que margine a un tercio de la población para garantizar el bienestar de dos tercios privilegiados, que asuma también su coste: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia y desintegración social.

Mientras, la Europa que a comienzos de la década se consideraba enferma de *euroesclerosis* ha superado con éxito el desafío de la modernización, está acortando distancias en el terreno tecnológico y de la competitividad, sin abandonar su

***Ni el proyecto
neoconservador ni el
discurso comunista
pueden verse hoy desde la
misma perspectiva que a
comienzos de los 80.***

modelo de sociedad basado en la integración y la solidaridad, con la consabida excepción británica. Los precios del ajuste no han impedido mantener el estado de bienestar o emprender su construcción en países como España, donde ha sido preciso abordar el doble reto de buscar salida a la crisis y generalizar las prestaciones y servicios públicos, partiendo de una situación mucho más parecida a la de los países industrializados de América Latina que a la del Norte de Europa. El ajuste solidario ha funcionado en Europa mientras las promesas del neoconservadurismo muestran cada vez más su fragilidad.

Como conclusión de esta parte de la conferencia y a la vista de los cambios que se están produciendo en el concierto mundial quiero significar que podemos entrar en una etapa de resurgimiento espectacular de Europa. En poco tiempo se puede pasar de una situación de bipolarización a otra en la que Europa se convierta en el gran eje de los equilibrios mundiales, en factor efectivo de paz, libertad y de justicia en el mundo, al tiempo que mantiene relaciones privilegiadas con los países del Este y América Latina. En el terreno ideológico y frente a los modelos de crecimiento salvaje o estatismo colectivista Europa puede convertirse en el espacio donde triunfe definitivamente un modelo basado en la libertad, el crecimiento, el bienestar y la solidaridad social que sirva de claro referente para otras zonas del mundo. Los ciudada-

nos europeos tendrán que elegir entre las dos opciones que están en juego en Europa: el modelo Thatcher o el defendido por González y Mitterrand. El fin de siglo clarificará de forma decisiva las apuestas.

La perspectiva desde España

Los cambios que hemos vivido durante la década afectan profundamente a este país, pues modifican el abanico de ofertas políticas y su credibilidad. Ni el proyecto neoconservador ni el discurso comunista pueden verse hoy desde la misma perspectiva que a comienzos de los años 80. El primero se ha probado en la práctica y podemos analizar objetivamente sus resultados. Ya no es tan sólo una ideología ni puede esperar un plazo de gracia: ha llegado el momento de sopesar los resultados de la *revolución conservadora* en otros países, y sus costes, y de decidir si en España serían posibles aquellos resultados y se podrían soportar semejantes costes. En cuanto al discurso comunista, tras el reconocimiento público del fracaso del modelo soviético, carece de cualquier oferta concreta y parece justo pedirle que defina una estrategia que sea algo más que una simple enumeración de lo que el comunismo español no es.

La derecha española, que comenzó la transición con la voluntad de dar un rostro democrático a la continuidad del bloque social dominante bajo el franquismo,

Lo más llamativo es que los conservadores españoles mantienen el principio de reducción del gasto público a cualquier precio.

y de buena parte de su personal político, creyó descubrir después en la ideología neoconservadora sus nuevas señas de identidad. Pero, como era inevitable, la versión española del neoconservadurismo ha resultado un tanto peculiar, al intentar injertar los principios neoliberales en el viejo árbol del arbitrista estatista de la derecha española. Los resultados han sido cuando menos poco coherentes.

En efecto, pese a que en buena ortodoxia neoconservadora debería rechazarse toda intervención pública en la economía, la gestión real (a nivel autonómico) de la derecha española va por la vía de las subvenciones arbitrarias e indiscriminadas, que suponen la renuncia a una estrategia coherente de modernización del campo y la industria española frente al desafío del mercado único europeo. Así, la versión española del principio de no interferencia en el mercado ha resultado ser la interferencia para consolidar la ineficiencia: Margaret Thatcher se sorprendería.

Pero lo más llamativo es que los conservadores españoles mantienen el principio de reducción del gasto público a cualquier precio. De hecho, han pasado de anunciar una inminente catástrofe económica a reconocer que la economía va bien *pese a la expansión del gasto público*. Ahora bien, si no se pretende reducir el gasto público controlando o seleccionando las subvenciones al sector privado cabe temer que el único recorte pensable sea el de los servicios públicos: privatizar la sanidad y la enseñanza, reducir las prestaciones sociales, despedir trabajadores del sector público o recortar sus salarios. Sabemos el impacto que esa estrategia ha tenido en sociedades comparativamente ricas, como la inglesa, o muy ricas, como la norteamericana. Es fácil imaginar el precio social que habría pagado este país si la política de ajuste se hubiera realizado a la vez que se recortaban los servicios y prestaciones sociales. E incluso el precio eco-

nómico, pues previsiblemente el ajuste se habría traducido en simple recesión.

Quienes afirman que el ajuste a la crisis realizado por el gobierno socialista ha sido «thatcheriano» tienen una buena oportunidad de hacer un ejercicio de imaginación. Pueden pensar lo que habría sido el ajuste en medio de una política de subvenciones indiscriminadas (sin favorecer una mayor competitividad), de recesión duradera (por la caída del poder adquisitivo de la mayoría), y de recorte de las prestaciones sociales. La recuperación y la creación de empleo se habrían pospuesto, y la caída del nivel de vida se habría traducido en una verdadera dualización de la sociedad española, bastante más profunda y seria que la que se pretende deducir del retraso que hoy vivimos, coyunturalmente, en el crecimiento de las rentas salariales frente a las del capital.

Esta es la paradójica oferta que hoy hace el neoconservadurismo español a la sociedad: todas las desventajas del neoliberalismo (recorte de los servicios sociales y dualización) sin sus posibles ventajas, pues el arbitristo tradicional de la derecha española impediría incluso la modernización salvaje que han llevado a cabo Thatcher o Reagan. Decía antes que los frutos a medio plazo de esa modernización salvaje parecen hoy cada vez más discutibles, pero aquí es probable que ni eso se logrará. Sólo tendríamos, eso sí, caída del nivel de vida popular, pobreza y dualización social. No parece una oferta tentadora.

Si la versión española del conservadurismo es contradictoria, se puede decir que el discurso del comunismo español es, más que contradictorio, un completo rompecabezas. Los dirigentes comunistas alaban a Gorbachov en público. Se identifican con la RDA y Checoslovaquia en privado. Sectores próximos a Ignacio Gallego coquetean habitualmente con HB.

Se atreven a decir que España necesita una *perestroika*, sin reparar que en este país ya existen la democracia pluralista, la libertad de información y los mecanismos de mercado que constituyen las metas del proceso soviético de reforma, pero además, simultáneamente, buscan en Cuba legitimidad política, sin hacer la menor reflexión sobre el hecho de que el modelo cubano supone la negación de la *perestroika*. No resulta fácil saber entonces cual es el modelo social de los comunistas españoles. Y peor aún, cabe temer que ellos tampoco lo sepan.

En definitiva, por el momento, la única estrategia política definida por los dirigentes comunistas es el anti-socialismo, hecho éste que no es nuevo en la historia de nuestro país. Con tal de arañar algún punto en los resultados electorales están dispuestos a poner en peligro la continuidad del primer gobierno estable de izquierdas en la historia de España. Anclados en el pasado, en las viejas recetas de la izquierda y ajenos a los cambios que se están produciendo en los países del Este, no tengo ningún complejo en afirmar que el comunismo oficial español es profundamente conservador desde un punto de vista ideológico y en el sentido etimológico de la palabra.

Tampoco reparan los dirigentes comunistas españoles en que la euroizquierda supone el reconocimiento de los valores tradicionales del socialismo democrático.

No reparan los dirigentes comunistas en que la euroizquierda supone el reconocimiento de los valores tradicionales del socialismo democrático.

El nombre castizo de ese centro progresista es el populismo: ofrecerles todo a todos sin explicar la receta mágica que lo haría posible.

La *perestroika* y el fracaso del eurocomunismo ha hecho que el P.C.I. lance con habilidad publicitaria el mensaje de la euroizquierda o la nueva izquierda europea. Los socialistas españoles no tenemos la tentación de la traición a Craxi porque ahora Occhetto descubra los valores del socialismo democrático que han constituido desde siempre las señas de identidad del P.S.I. No podemos aceptar el planteamiento de que la izquierda sea nueva simplemente porque los comunistas italianos están aceptando los principios y valores del socialismo democrático.

No quiero ni menospreciar ni minusvalorar los cambios que se han introducido en el reciente congreso del P.C.I. o lo que significan. Pero sí debo señalar que se concretan en tres: a) reconocimiento de la democracia como valor universal; b) aceptación de la economía de mercado como mejor sistema de asignación de recursos corrigiendo las injusticias y desigualdades que genera; c) abandono del centralismo democrático.

Por consiguiente la nueva izquierda europea no es otra cosa que el socialismo democrático con el cual convergen o al cual se incorporan comunistas a título individual o partidos comunistas que, después de una larga desviación, reconocen que no puede haber socialismo sin libertad y que el socialismo consiste en la superación democrática de las injusticias y desigualdades que genera el capitalismo.

Respecto a sus propuestas económicas tampoco se puede decir que sean un modelo de coherencia. Tras haber afirmado que sin fuertes subidas salariales no habría creación de empleo, en contra del más elemental sentido común, ahora que crece tan significativamente el empleo mantienen sus acusaciones sin cambiar una coma, lo que revela cuando menos una fuerte incapacidad autocrítica, en la que, eso sí, son consecuentes con la tradición comunista. En vez de admitir que esta crisis obliga a moverse en el filo de la navaja, manteniendo el poder adquisitivo de los trabajadores por razones de justicia y de eficacia, pero sin que las subidas salariales cierren el camino a la inversión que crea empleo (y que a medio plazo es imprescindible para que se mantenga el crecimiento), siguen creyendo que el crecimiento keynesiano es la única política económica de izquierda.

El hecho de que el actual período de crecimiento económico haya creado agravios comparativos y provocado un malestar difuso no quiere decir que los remedios propuestos por los dirigentes comunistas sean correctos, por mucho respaldo sindical que puedan tener. Los socialistas españoles tenemos la obligación de decir a los trabajadores de este país que quienes afirman que se puede hacer una política económica sustancialmente distinta a la del gobierno socialista se engañan o les engañan.

Se pueden acentuar las medidas sociales, ciertamente, sobre todo ahora que llevamos tres años de crecimiento. Y conviene recordar que este gobierno ha aumentado las coberturas sociales en busca de su generalización, que los presupuestos de 1989 recogían ya un salto sustancial en el gasto social, y que ese gasto se ha incrementado notablemente tras el consenso parlamentario sobre la prioridad de avanzar en esa línea. Pero ese gasto social hay que financiarlo, lo que supone reducir la

inversión en infraestructura, por ejemplo, retrasando la aproximación de nuestra economía a las condiciones europeas. Y de poco serviría incrementar más rápidamente las pensiones o los salarios si el precio fuese que la economía española perdiera de nuevo competitividad, se volviese a destruir empleo y el Estado entrase en una grave crisis fiscal. Un gobierno responsable, y el gobierno socialista lo es, no puede caer en la trampa de dar pan hoy para crear hambre mañana.

Eso sería demagogia, y ciertamente hoy la demagogia abunda. Desde posiciones que se definen como de centro progresista se afirma que efectivamente es posible un rápido crecimiento de salarios y pensiones. Pero no se nos dice como sería compatible ese crecimiento con el mantenimiento de altas tasas de inversión y creación de empleo. La similitud de esa oferta con el *salariazo* que defiende el peronismo tradicional de Argentina es demasiado clara para que no saquemos conclusiones.

El nombre castizo de ese supuesto centro progresista es el *populismo*: ofrecerles todo a todos sin explicar la receta mágica que lo hará posible. A los españoles bien informados no es preciso explicarles a donde ha conducido el populismo a media América Latina: primero a la quiebra, y luego, tras el inevitable *mea culpa* ante el fondo monetario internacional, a planes de ajuste que no siempre permiten recuperar el crecimiento económico, pero *siempre* exigen un altísimo precio en miseria y polarización social.

La cuarta oferta política para el fin de siglo es la de los socialistas. El proyecto socialista en España está cerrando una etapa: la de la consolidación de la democracia, el saneamiento de la economía y la puesta de los cimientos de un estado asistencial moderno. Pero el proyecto es mucho más que una etapa de gobierno. Pue-

***No creemos que la
ampliación del sector
público sea garantía de
eficacia ni de mayor o
mejor control social de la
inversión.***

de pensarse en objetivos como el buen funcionamiento de la administración o la transparencia fiscal: se han dado los primeros pasos, pero queda mucho camino por recorrer para que unos servicios sociales generalizados funcionen eficazmente o para que la fiscalidad pueda poner freno a la especulación inmobiliaria y convertirse en un instrumento plenamente eficaz para la redistribución de la renta, para luchar contra la desigualdad.

El proyecto socialista no guarda ninguna similitud con el neoconservador. A partir de un diagnóstico que comparten casi todos los economistas sensatos (la crisis mundial de los 70 no era una crisis de demanda sino de oferta, no de insuficiente demanda solvente sino de pérdida relativa de productividad) los socialistas llegamos a conclusiones bien opuestas a las de los conservadores. No pretendemos eliminar la intervención pública en la economía, pues sabemos que el mercado, aún siendo el mejor mecanismo conocido de asignación de recursos, crea disfunciones graves: desigualdad geográfica y social, mal uso de los recursos productivos, despilfarro de recursos no renovables y de la capacidad humana.

No creemos en la modernización salvaje, pues no creemos que sea viable a largo plazo, y rechazamos el precio que la sociedad debería pagar por ella. Pretendemos la modernización en solidaridad, y así hemos intentado que el ajuste se reali-

Insisto en que para nosotros los sindicatos, como representantes de los trabajadores organizados, son un interlocutor prioritario.

zara sin pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores, hemos dado y damos prioridad a la creación de empleo, y buscamos un mejor equilibrio regional en el crecimiento económico para acabar con la vieja división entre una España rica y una España pobre. Y todo ello en el marco de creación de un estado asistencial moderno y viable para nuestras condiciones de partida. Quienes conozcan los efectos de los recortes del gasto en educación y salud, y de la desindustrialización en el norte de Inglaterra, podrán apreciar las diferencias entre el proyecto social neoconservador y el del socialismo español, partiendo en nuestro caso, por supuesto de unas condiciones muy inferiores.

Los principios de las políticas conservadoras se fundamentan en la reducción máxima de la intervención del Estado en la actividad económica, disminución progresiva del sector público, reducción de los gastos de protección social (desmantelamiento del estado de bienestar) y reducción de las cargas fiscales para las clases medias y altas. El modelo neoconservador de sociedad afirma la inevitabilidad de una creciente desigualdad social si se pretende encontrar una salida a la crisis y crear riqueza. Debemos —dicen los neoconservadores— dejar que las desigualdades sociales cumplan su función positiva: estimular a los más creativos, a los más esforzados y liberar al Estado de los gastos de protección social.

En España el sector público se ha incrementado en los últimos diez años en 14 puntos en términos del PIB. El gasto social ha aumentado a lo largo de los años de gobierno socialista en 4 billones 759 mil millones de pesetas. En España se están sentando las bases del Estado asistencial. Cinco millones más de ciudadanos tienen derecho a la sanidad pública y gratuita, alcanzando al 99 por ciento de la población. Hay 1.322.000 pensiones más que en 1982 que hay que pagar todos los meses. La pensión media ha aumentado en más de un 30 por ciento por encima del nivel de los precios. 400.000 personas más que en el 82 se benefician del seguro de desempleo. El 90 por ciento de la enseñanza no universitaria es gratuita en España. Se han creado 1.860.000 plazas escolares en los niveles no universitarios del sistema educativo. Son estos algunos ejemplos del esfuerzo realizado para avanzar hacia niveles cada vez mayores de protección social en España. La presión fiscal ha aumentado para poder cubrir estos objetivos sociales.

El proyecto socialista no es un proyecto estatalista. No creemos que la ampliación del sector público sea garantía de eficacia ni de mayor o mejor control social de la inversión. Ni que una creciente regulación pública de la vida económica sea el mejor camino para corregir las disfuncionalidades del mercado. Tampoco pensamos que el incremento del gasto público sea la herramienta adecuada para resolver una crisis que tiene su origen en la insuficiente productividad de nuestra economía. En este sentido estamos bastante lejos de las ideas que eran moneda común entre la izquierda europea de comienzos de los años 70, tal y como se reflejaban en el programa común de gobierno de la izquierda francesa.

Creemos que el gasto público es una herramienta para luchar contra las desigualdades y en ocasiones para controlar

el ciclo económico. (No es que el keynesianismo sea cosa del pasado, sino que hoy sabemos que las políticas keynesianas sólo funcionan en condiciones y contextos determinados). Y pensamos que el estado y el sector público tienen una función que cumplir en la regulación de la economía, para garantizar el dinamismo a largo plazo, para evitar las desigualdades regionales y sociales, para ofrecer bienes y servicios que la iniciativa privada no puede ofrecer en cantidad suficiente. Hemos sacado las lecciones de la crisis fiscal del Estado de los años 70, pero para racionalizar la acción del Estado, no para caer en la ilusión anarco-capitalista del Estado mínimo. Nuestro proyecto es la continuación del proyecto socialista democrático *en unas condiciones nuevas*: una crisis económica de oferta, una economía internacionalizada y crecientemente integrada. Para quien quiera entenderlo no es difícil de entender.

En estos días sin embargo, es inevitablemente motivo de polémica el papel de los sindicatos en el proyecto socialista y en la propia sociedad española, y resulta arriesgado decir nada pues parece inevitable que cualquier afirmación que no se reduzca a aplaudir la actual estrategia sindical sea interpretada como una agresión. Querría insistir en que para nosotros los sindicatos, como representantes de los trabajadores organizados, son un interlocutor prioritario.

Creemos en la concertación social porque es buena para todos empezando por el país. Estamos y estaremos dispuestos al diálogo, a la negociación y al pacto. Pero eso no significa que podamos convertirnos como partido en una correa de transmisión de los sindicatos, de ningún sindicato. Los sindicatos reivindican su autonomía y su soberanía en la toma de decisiones y es correcto que así lo hagan, tan correcto como la afirmación de la autonomía del partido socialista para diseñar sus

proyectos políticos, programáticos y estratégicos. La no coincidencia de estos no puede conducir a la descalificación sobre los fines del partido socialista o de los sindicatos. Ni puede abocarnos a la simplificación intelectual de que se es más socialista, menos socialista, o nada socialista en función de si se acepta, o no tal o cual reivindicación sindical.

Estamos ante una discrepancia, que espero sea coyuntural, sobre qué políticas son mejores para este país y para los trabajadores en su conjunto, discrepancia que también se extiende a los límites de lo posible y aconsejable en la actual situación económica española. Las discrepancias no debieran conducir a la descalificación general de un proyecto de progreso para España. Los dirigentes sindicales no pueden ser ajenos a una realidad histórica: en Europa, la derrota de los partidos socialistas ha conducido inevitablemente a gobiernos conservadores.

Creo que el sindicalismo del futuro es el de la corresponsabilidad con los problemas del país. Sobre la base de una corresponsabilización sobre los objetivos a alcanzar estamos dispuestos (lo hemos repetido mil veces) a negociar sobre la línea y los ritmos de la política económica. Lo que no podemos aceptar es que se nos quieran imponer prioridades sin responsabilidad alguna en las consecuencias de la aceptación de tales demandas.

***Porque nuestro proyecto
es la continuidad del
proyecto del socialismo
democrático en
condiciones nuevas,
nuestro espacio inmediato
de actuación es Europa.***

No es éste un proyecto utópico, pero apunta a la utopía de una sociedad mundial sin Norte y Sur, sin Este y Oeste.

Sabemos que los sindicatos están en España frente a una apuesta difícil: deben construir un sindicalismo moderno con el retraso que nos ha impuesto la dictadura, y deben hacerlo en medio de una crisis que modifica los procesos de trabajo, la composición de la clase trabajadora, que crea paro a la vez que los jóvenes y las mujeres se incorporan masivamente al mercado de trabajo. Pero no creemos que el camino para hacerlo sea aferrarse a las estrategias sindicales de los años 60 y 70, ignorando el proceso de cambio y debate que atraviesa el sindicalismo europeo.

Conviene recordar la amarga experiencia de los sindicatos británicos y reiterar la oferta de negociar con realismo un programa económico que garantice la continuidad del crecimiento y de la creación de empleo, la mejora de los más desfavorecidos y la lucha contra la desigualdad. Sobre esa base los sindicatos estarían en condiciones de asumir la representación de colectivos hoy fuera de la acción sindical, de adaptarse a la nueva sociedad que está surgiendo de la crisis, y de asegurar un modelo de crecimiento solidario para este país. No es una apuesta fácil, pero creo que sería mucho más rentable para los sindicatos (y para los trabajadores).

La salida de la crisis con solidaridad no se alcanzara por la vía de la confrontación sino por la de la negociación y la corresponsabilización. En todo caso esa es nuestra oferta, si estamos equivocados

o no, al final lo decidirán los ciudadanos en las urnas.

Porque nuestro proyecto es la continuidad del proyecto del socialismo democrático en condiciones nuevas, nuestro espacio inmediato de actuación es Europa. Una Europa que, pese a la ofensiva neoconservadora de esta década, está mucho más cerca de nuestra idea de sociedad solidaria y económicamente sana que de los países del Pacífico o los Estados Unidos. Una Europa que no depende dramáticamente de la continuidad de sus exportaciones, como Japón, ni vive por encima de sus posibilidades reales, como Estados Unidos. Una Europa que mantiene, con recortes y problemas, sin duda, el principio de solidaridad que encarna el estado de bienestar, que reconoce a los trabajadores derechos impensables en otras partes del mundo, y que apuesta por un modelo de desarrollo nuevo, que respete el equilibrio ecológico, se ponga a la vanguardia tecnológica y borre las diferencias sociales entre hombres y mujeres.

La Comunidad europea es a la vez nuestro punto de llegada y nuestro punto de partida. Es nuestra meta porque queremos acortar diferencias en los niveles de empleo y de renta, de productividad y eficacia, sabiendo que sin mayor productividad la elevación de la renta sería espejismo de un día. Pero también es nuestro punto de partida, porque queremos que sea la base de una Europa en distensión, que se abra a la cooperación con los países del Este en la medida en que estos progresen en la vía de la democratización. Y queremos que busque otra relación con América Latina, cooperando en la superación de la crisis y estableciendo canales para la creciente complementariedad e integración. La Comunidad europea es ya un sueño importante, con su espacio social integrado que es la otra cara del mercado único y de la solidaridad interregional. Pero Europa puede ser además un

modelo y un punto de referencia para dar otro sentido a la dinámica mundial, superar la vieja oposición Este/Oeste y tender puentes sobre el escandaloso abismo que separa el Norte del Sur.

No es éste un proyecto utópico, pero apunta a la utopía de una sociedad mundial sin Norte y Sur, sin Este y Oeste, una sociedad basada en la paz, la libertad, la solidaridad y la superación de la miseria y las desigualdades, una sociedad en la que el crecimiento cree prosperidad, pero no al precio de debastar el entorno ecológico,

despilfarrar recursos o reducir esa prosperidad a una minoría privilegiada con artificiosas necesidades suntuarias. No es un proyecto utópico, sin embargo, porque apunta a objetivos inmediatos o a medio plazo, objetivos quizá difíciles de alcanzar, pero realizables. Pero desde luego es un proyecto de largo aliento, que no se agota en lo realizado aunque es coherente con lo que ya se ha hecho o se ha intentado hacer. Esta es nuestra oferta para el fin de siglo, y son otros los que deberán mostrar si tienen ofertas superiores o creen poder realizar mejor la que nosotros presentamos.